

pre que me presente personas que le conozcan y den caucion de que irá verdaderamente con el ejército. Advierto tambien, que si alguno descubre alguna cosa conveniente, que me haga seña. Entretanto id vosotros á ponerlos con arreglo á ordenanza, y yo á ofrecer sacrificios por nuestra partida y ya daremos la seña, cuando los presagios sean felices. Entónces todos, con las cosas dichas, se deberán encontrar en el sitio designado á las órdenes de sus capitanes. Y vosotros, oh capitanes, despues que cada uno haya puesto en orden su compañía, vendréis juntos á mi presencia para saber cada uno su puesto. »

Esto con respecto á la economía de la marcha; ahora añadiré, segun el mismo autor, el orden de los campamentos persas.

« En cualquiera parte en que el rey colocaba su tienda, la colocaban tambien todos los de su servidumbre y militaban en invierno ó verano. Ciro quiso que su tienda se pusiese hácia el Oriente: despues ordenó á cuánta distancia de la del rey debian tener sus tiendas los alabarderos; luego señaló la parte derecha á los panaderos, la izquierda á los vivanderos, la derecha á los caballos y la izquierda á las demas acémilas, el resto lo dispuso de tal modo que cada uno sabia el punto que debia ocupar por medida y por el sitio. Cuando se quitan las tiendas, cada uno arregla aquellas cuyo uso se le ha concedido; otros las cargan sobre las acémilas: de modo que á un mismo tiempo vengan los carruajeros á conducir lo que les está mandado, y á la vez cada uno carga sus cosas. De este modo la misma hora basta para quitar una sola tienda y para quitarlas todas; la misma precision hay en prepararlas. De esta manera tambien está encargado cada uno de lo que se ha de hacer; así es que las cosas necesarias para el alimento se encuentran arregladas con oportunidad; por esto no quieren que trascurra mas de una hora en la comida, tanto para una como para todas las compañías; y como aquellos que estaban encargados del ministerio de estas cosas necesarias, tenian cada uno el lugar mas conveniente, así como los soldados en el campamento tenian el suyo adaptado á cada arma y sabian cuál era, todos sin vacilar se establecian en él. Ciro verdaderamente reputaba el buen orden de un ejército como el de una familia por un hermoso instituto, porque de este modo cuando uno tiene necesidad de alguna cosa, sabe de cierto adónde debe ir á tomarla; pero aun creía mas conveniente ordenar bien las tribus en la guerra, porque cuanto mas veloces pasan las ocasiones en las maniobras bélicas, mayor daño hacen aquellos que se comportan mas lentamente, por lo cual decia que aquellos que á su tiempo están preparados, en la milicia hacen ganancias de gran consideracion. Por estas razones era muy apasionado á este sumo orden.

» El se alojaba primeramente en medio del campamento, en el sitio mejor reparado; ponía

á su rededor á los de mas confianza; rodeaban á estos los caballeros y conductores de carros, porque queria proveer á estos tambien de lugar seguro, en razon á que están acampados sin tener á mano ninguna arma y necesitan largo tiempo si quieren sacar la armadura; á derecha é izquierda, tanto de él como de la caballería, se alojaban los escudados, y delante y detras, tanto de él como de la caballería, los arqueros. En cuanto á los armados de corazas y paveses, querian que cercasen á todos cual si formáran un muro, á fin de que en el momento en que fuese necesario que la caballería formase, encontrándose delante los mas fuertes, tuviera tiempo para que se pudiese armar con seguridad. Los escuderos y arqueros, así como los armados de pesada armadura, dormian colocados en orden de formacion, para si ocurriese tambien de noche alguna cosa, estar unos y otros prontos para herir á quien los atacara y poder igualmente los arqueros y lanceros flechar y alancear prontamente para defender la retaguardia de los de pesada armadura. Ademas, todos los jefes tenian banderolas en sus tiendas; y así como en la ciudad los excelentes criados saben encontrar las casas, especialmente las de los hombres de negocios, así los domésticos de Ciro sabian en el campo el alojamiento de los comandantes y conocian sus banderolas, de modo que por el camino mas corto corrían á buscar á cada uno. Como las naciones estaban separadas unas de otras, se descubria con mucha mas facilidad cuál observaba la buena disciplina, y cuál no. Ordenados de este modo, sabia que si era atacado, bien de noche ó de dia, los agresores caerian en su campo como en una emboscada. No se creía ya que la ciencia de ordenar los soldados solo exigia que uno pudiese fácilmente restringir ó dar mayor extension al ejército ó flanco reducido á falange, ó conforme á la direccion del enemigo, cambiar bien su direccion á derecha, izquierda ó retaguardia, sino que ademas se pensaba que era necesario fraccionar la formacion segun la necesidad y colocar cada parte en donde pudiese girar mejor, y apresurarse donde fuese indispensable anticiparse. Todas estas cosas y otras semejantes creía pertenecientes al hombre práctico en ordenar los soldados, y él mismo se aplicaba á todas ellas, y en sus viajes siempre marchaba dando una ú otra formacion á sus tropas segun los casos; pero en el campamento se alojaba las mas veces como queda dicho. »

§ 6. BATALLAS DE LOS PERSAS.

De este modo marchaban hácia el enemigo, y ciertamente á estos órdenes de formacion debió Ciro en gran parte la fortuna que le acompañó en sus expediciones; pero con particularidades que pudiesen servir para la historia del arte de la guerra, solo se ha descrito la batalla que tuvo con el poderoso Creso, rey de Lidia, en Timbrea en la Frigia, uno de los mas considerables

acontecimientos de la antigüedad, que decidió del imperio del Asia, disputado por los Asirios de Babilonia y por los Persas; y como fué la primera cuya narracion ha llegado á nosotros con alguna precision, debemos considerarla cual un monumento precioso del arte militar mas remoto. Véanse las observaciones de Freret sobre ella.

La refiere Jenofonte (en los libros VI y VII de la *Ciropedia*), quien pasó por Timbrea y acampó allí con el ejército del joven Ciro, ciento cincuenta años despues de la derrota de Creso. Era este el lugar de la reunion de las tropas persas para pasar del Asia Alta á la Menor. Las particularidades de un combate tan glorioso para los Persas, y cuyas consecuencias habian sido de tanta consideracion, permanecian impresas de tal manera en el espíritu de los capitanes de aquella nacion, que en tiempo de Jenofonte lo consideraban como la obra maestra del mayor general de su raza; se proponia cual norma del arte militar persa, y su ejemplo servia siempre para decidir las cuestiones relativas á semejantes materias. Jenofonte, con la exactitud con que refiere las consecuencias de esta batalla, nos asegura que fué plenamente instruido de las circunstancias de la misma.

El ejército de Ciro ascendia entre infantería y caballería á ciento noventa y seis mil combatientes; esto es, setenta mil originarios de Persia, de los cuales diez mil eran coraceros de á caballo, veinte mil coraceros de á pié, veinte mil lanzas y veinte mil armados á la ligera: las tropas restantes, en número de ciento veintiseis mil, comprendian veintiseis mil caballeros medos, armenios y árabes de Babilonia, y cien mil infantes de las mismas naciones. Ademas tenia Ciro trescientos carros armados de hoces, cada uno tirado por cuatro caballos de frente, y armados á prueba de dardo, de la misma manera que los coraceros persas. Estos carros, en que iban los mas valerosos, estaban destinados á marchar durante la batalla á la cabeza de la infantería, ocupando á iguales distancias todo el frente de la línea. Ciro hizo construir ademas considerable número de carros mucho mayores, sobre los cuales se elevaban torres de doce codos de altura, ó sea quince piés de Paris, con veinte arqueros en cada una, y tan ligeras, que el peso de toda la máquina con los hombres no pasaba de ciento veinte talentos ó cinco mil libras de Francia. Eran arrastrados por diez y seis bueyes de frente, que no estaban agobiados por el trabajo, porque el peso de toda la máquina se calculaba en ménos de dos quintas partes del que solia conducir igual número de los bueyes destinados á los bagajes. Los arqueros colocados sobre las torres dominaban en ocho ó nueve piés á la falange, y los carros que seguian á la cola, tenian de este modo facilidad para descubrir el campo y disparar por encima de los batallones persas sin temor de causarles daño.

Terminados los preparativos, y no juzgando

Ciro conveniente esperar al ataque del enemigo, tomó el partido de salir á su encuentro, y despues de una marcha forzada de quince dias al traves de los desiertos de Mesopotamia, se apoderó de los países cuya defensa habia sido descuidada por los Lidios, los cuales no creían que con un ejército mitad menor que el suyo se atreviese á exponerse en su país. Con esta precaucion alcanzó á Creso en Timbrea en medio de las espaciosas llanuras de la Frigia, ántes que él pudiese reunir allí todas las tropas que destinaba al combate. Esto no obstante, el ejército de Creso era doble mayor que el de los Persas. Aráspes, señor medo que habia seguido el partido de Ciro, enviado por este príncipe á explorar las fuerzas contrárias, refirió que formados en batalla la infantería y caballería á treinta hombres de fondo, ocupaban unos cuarenta estadios de frente.

En efecto, examinando diversos lugares de Jenofonte, en que declara el número de tropas de los Babilonios, Lidios, Frigios, Capadocios, pueblos del Helesponto y de los Egipcios, aparece claramente que no bajaban de estos treinta y seis mil combatientes. Los escuadrones de los Fenicios, Chipriotas, Cilicios, Licaones, Pfallagones, Tracios y Jonios, de cuyo número no hace mencion Jenofonte, se pueden calcular en sesenta mil, casi todos de infantería, porque la mayor parte de ellos ó habian tenido que hacer su viaje por mar, ó habitaban en países no á propósito para los caballos, cuyas fuerzas completamente hacian ascender el ejército de Ceres á cuatrocientos veinte mil combatientes, los cuales, segun el arte militar de aquellos pueblos, colocados en orden de batalla á treinta de fondo, debian ocupar precisamente el espacio de cerca de cuarenta estadios.

Ciento veinte mil Egipcios formaban el nervio de la infantería de Creso: divididos en doce gruesos cuerpos ó batallones cuadrados de diez mil hombres cada uno, que presentaban cien hombres por cada lado, separados por intervalos á fin de que pudiesen escuadronarse y combatir sin mutuos impedimentos. La idea de Creso era darles una formacion de menor fondo para que presentasen un frente mas extenso, pues que se encontraban los dos ejércitos en una inmensa llanura que les permitia extender sus alas á derecha é izquierda, siendo su proyecto envolver el de los Persas; pero no le fué posible persuadir á los Egipcios que cambiasen el orden de batalla acostumbrado.

Siendo el Egipto un país interceptado por canales, en el cual un ejército no puede extenderse sin separar los cuerpos que lo componen y donde no siempre es fácil conservar comunicacion entre ellos, era necesario que estos cuerpos pudiesen defenderse por sí, caso de que fuesen atacados separadamente. Los gruesos batallones egipcios siendo por cada frente igualmente fuertes, porque presentaban por cada lado igual número de combatientes, tenian ménos necesidad de estar sostenidos por los cuerpos

extendidos en falange al modo que los Griegos y los Asiáticos. Los Egipcios, que conocían la excelencia de estos gruesos cuerpos ó columnas, estaban persuadidos de que las falanges persas no hubieran podido resistir su impetu, y habrían sido penetradas por cualquier parte por donde las hubiesen atacado, y si una adversa suerte hubiera desordenado todo el resto del ejército de Creso, las columnas se podían haber conservado enteras y siempre en disposición de poderse retirar ventajosamente á presencia del enemigo, ó á lo ménos poder llegar á una honrosa capitulación.

El ejército de Creso, dispuesto en orden de batalla, hizo su movimiento contra Ciro sobre una sola línea, teniendo en las alas la caballería, y la infantería en el centro. La parte média de esta línea estaba formada por los Egipcios, ordenados de treinta en fondo, mientras que las falanges de la derecha é izquierda lo estaban á treinta de fila. En las dos alas estaba dispuesta la caballería en cuerpos iguales, y en cada uno había mas de veinte mil combatientes. Esta se hallaba formada á treinta de fondo y distribuida por naciones con algunos intervalos entre sí. La infantería se extendía por veintitres estadios de terreno, y cada ala de caballería á cerca de ocho estadios, de modo que comprendidos los intervalos, se podía calcular en cerca de cuarenta estadios la total extensión de la línea.

Ciro, tomando norma de la disposición del ejército de Creso, manifestada por Aráspes, formó su orden de batalla. Las tropas persas combatían ordinariamente á veinticuatro de fondo, formando una fila que nosotros consideraríamos como una compañía con su capitán y cinco oficiales subalternos, costumbre tanto de la caballería como de la infantería. En esta ocasión, sin embargo, Ciro cambió su método.

Le era necesario un frente sumamente extendido, sin debilitar demasiado sus falanges para no quedar envuelto: su infantería era excelente y estaba ventajosamente armada con corazas, dagas, hachas y espadas, por lo cual batiéndose cuerpo á cuerpo con el enemigo, había un gran fundamento para creer que las falanges lidias, armadas solamente de escudos ligeros y dardos, no sostendrían su impetu. Por esta razón, Ciro dividió en dos las filas de su infantería, que ordenó á doce de fondo solamente, de modo que venía á formar una línea de diez y nueve estadios de frente con noventa y tres mil combatientes.

Detrás de esta primera línea y á muy corta distancia, colocó sus cuerpos armados á la ligera en número de sesenta y cinco mil individuos. Estos solo combatían con armas arrojadas y su frente se extendía del mismo modo que el de la primera línea.

Á la derecha de esta infantería ordenó lo mas fuerte de su caballería á veinticuatro de fondo, no haciendo mención Jenofonte si se partieron también en dos las filas. En el extremo de esta ala había un cuerpo de cuatro mil coraceros á

caballo, casi todos homotimos, esto es, Persas de la clase noble, de los cuales se elegían los magistrados; esta ala se componía de diez y ocho á veinte mil caballos y presentaba un frente de siete estadios.

En el ala izquierda solo se contaban de quince á diez y seis mil caballos sobre un frente de cerca de seis estadios, de modo que el ejército de Ciro ocupaba de frente treinta y dos estadios de terreno y por consiguiente era superado por el de Creso en una extensión de mas de tres estadios por cada lado. Los carros persas armados de hoces estaban divididos en tres cuerpos de ciento cada uno: el primero de estos mandado por Abradátas, rey de la Susiana, marchaba á la cabeza de la infantería en línea recta y paralela; los otros dos estaban colocados á las extremidades de las alas para defender los flancos, marchando muy juntos y formando no ménos de dos filas.

Á espaldas de las tropas persas, las torres formaban una línea igual y paralela á la del ejército y no solo servían para molestar al enemigo con los continuos disparos de los arqueros, sino que podían considerarse también como fuertes movibles, bajo los cuales podían ordenarse las tropas persas caso de sufrir una derrota. Detrás y junto á estas torres, había otras dos líneas paralelas é iguales al frente, formadas por los carros destinados á bagajes y que marchaban á cortísima distancia entre sí. Estas dos líneas dejaban entre ambas un espacio vacío, en el cual estaban encerradas todas las personas inútiles para el acto del combate, y los extremos de este espacio á derecha é izquierda estaban cerrados por otras dos líneas de carros, de modo que se asemejaba á un parque ó campo ambulante, dispuesto en forma de un largo rectángulo cerrado por todas partes. Los carros que formaban este atrincheramiento, llevaban militares con armas arrojadas y todas las personas capaces de impedir los ataques, esclavos útiles, conductores de carros ó tropas destinadas á la custodia de los equipajes.

Esta trinchera movable servía para cubrir la espalda y flancos del ejército de Ciro, pues que los dos cuerpos de carros armados se apoyaban en ella, y ponía al mismo tiempo á los Persas en la necesidad de pelear desesperadamente: además, al paso que impedía que los soldados de Creso sorprendiesen por retaguardia á las tropas persas, quitaba á estas toda esperanza de fuga delante del enemigo. Era necesario vencer ó morir.

En la cola y extremos de la última línea de la trinchera, Ciro colocó mil infantes y mil caballeros escogidos entre los coraceros persas, y caminaban á lo largo de los carros de modo que no fuesen observados estando en la llanura. Á la izquierda, además de dos mil Persas, había un fuerte cuerpo de camellos, y en cada uno iban montados dos arqueros árabes, de tal manera que el uno miraba á la cabeza y el otro á la grupa del camello.

Con este orden avanzaron los dos ejércitos uno contra otro, atravesando una extensa llanura que tenían á la vista. Los dos generales alimentaban igual deseo de llegar á las manos y de terminar la guerra en regular batalla; muy pronto se encontraron los dos ejércitos. El de Ciro era, como se ha dicho, muy inferior en número al enemigo, y como el número vale mucho en un terreno llano, necesitaba que la inteligencia y la superioridad de su posición supliesen á las fuerzas menores; y aquí es donde deben referirse precisamente todas las precauciones que tomó. Ciro esperaba que las alas del enemigo se adelantasen y que despues tratasen de envolverle por los flancos y la espalda de su ejército. En realidad este era el proyecto de Creso, sobre cuya maniobra había concebido precisamente la firme esperanza de la victoria; pero Ciro no se había asustado por esto, y las precauciones que tomó para defender sus alas y retaguardia le hicieron deponer todo temor.

Encontrándose los dos ejércitos, Creso hizo alto á alguna distancia del enemigo, que marchaba en la maravillosa disposición que hemos descrito, disposición tanto mas excelente cuanto mas difícil de descubrir era su objeto. Creso, al hacer alto, se había prefijado un movimiento que debían ejecutar sus alas de caballería á fin de extenderse y caer sobre las de los Persas, para cercarlos y tomarlos por los flancos y la cola en el momento en que él caería sobre el frente de la línea opuesta con el grueso del ejército. Para conseguirlo, ordenó los movimientos á derecha é izquierda, y mandó á las dos puntas de sus alas de caballería que avanzasen hácia el enemigo; es decir, que permaneciendo intacta la formación y la posición de estas dos porciones de las alas, cada soldado, haciendo un cuarto de conversión sin abandonar su puesto, dirigiese su cara á derecha ó izquierda y presentase los flancos al enemigo á quien antes miraba de frente. Despues de tal movimiento, estos dos grandes cuerpos marcharon sobre sus flancos, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, separándose á cierta distancia del resto del ejército, siempre, sin embargo, sobre la misma línea; y volviendo luego á la primera posición, esto es, con la cara vuelta al enemigo, estas dos porciones de alas destacadas marcharon adelante. Al llegar á la altura de la primera línea de los Persas, se detuvieron, y cuando principiaron el cuarto de conversión á derecha é izquierda, el resto del ejército de Creso se puso en movimiento á la primera señal y marchó de frente contra el de Ciro, mientras que las dos porciones destacadas de las alas de la caballería lidia se revolvían y replegaban sobre los flancos de los Persas.

Mientras se practicaban estas operaciones por las tropas de Creso, las persas avanzaban en buen orden con paso lento y grave, manteniéndose á iguales distancias sobre una línea recta y paralela, la cual debía servir de norma á la

de los carros, no habiendo nada mas peligroso que las oleadas de estas maniobras á presencia del enemigo. Ciro explicó á los oficiales del ala derecha, entre los cuales se hallaba entonces, los designios de Creso en el movimiento que había hecho ejecutar á sus alas, á fin de que no quedasen maravillados cuando los vieses replegarse, y habiéndoles asegurado al mismo tiempo que aquellos grandes cuerpos, antes de envolver su ejército, se encontrarían cortados por el flanco, los abandonó para ir á presentarse á las demas tropas, pasando lejos del frente de las falanges entre la infantería y los carros, para examinar si todo estaba bien ordenado. Habiendo arengado á los principales y manifestado la ineficacia del temido movimiento de Creso, se dirigió á la izquierda recorriendo las trincheras de los carros; llegado donde estaba precisamente el cuerpo de los camellos y los dos mil Persas, ordenó al oficial que los mandaba que hiciese avanzar los camellos y presentarlos á la caballería enemiga, tan pronto como completada su evolución viniesen á atacar el atrincheramiento del flanco por la espalda. « Os aseguro, dijo Ciro, que esta caballería tan fuerte que os asusta, será derrotada, tal vez antes de que lleguéis á alcanzarla. Sus caballos no podrán soportar la vista y el olor de los camellos, á los cuales no están acostumbrados. » Esta circunstancia me hace creer que el ala derecha del ejército de Creso se componía de caballeros del Asia Menor, país en el cual son desconocidos semejantes animales, y que la caballería babilónica estaría toda en el ala derecha.

Dadas las órdenes, Ciro recorrió la última línea, compuesta de carros de bagaje, y se puso á la cabeza de las tropas á la derecha del atrincheramiento. Pronto las dos porciones destacadas de las alas del ejército de Lidia terminaron su evolución, y Creso dió la señal á los suyos para marchar de frente contra los Persas, sobre cuyos flancos se adelantaban entretanto por ambas partes las alas replegadas, de modo que el ejército de Ciro se encontró cercado por tres lados, como por tres falanges, y se parecía, dice Jenofonte, á un pequeño rectángulo inscrito en otro mayor.

En esto Ciro dió también la señal, y entonando el cántico militar, hizo avanzar su primera línea, seguida de las torres y precedida de los carros armados; los dos mil hombres de la derecha formaron la figura de una gamma en esta ala; la caballería se desplegó en forma de columna, apoyando una de sus extremidades en los carros, y la infantería de la espalda se dispuso del mismo modo para poder dirigirse de frente sobre el enemigo con un movimiento sencillo y regular. Cuando la porción del ala izquierda de Creso se aproximó á la derecha de los Persas, para caer sobre su flanco, los dos mil, colocados en forma de gamma, hicieron repentinamente una conversión á la derecha, de modo que el flanco derecho de la línea llegó

á ser su frente, mirando al enemigo tambien de frente; marcharon un poco en este orden, se volvieron y replegaron repentinamente por un cuarto de conversion á la derecha, y cayeron sobre el flanco y retaguardia de la caballería enemiga. Cargada esta caballería de frente y de flanco á un mismo tiempo, y encontrándose tambien atacada por la espalda por la infantería escogida que seguía á la caballería persa, fué derrotada por ataque tan imprevisto.

El desórden y la confusion se aumentaron mucho mas entre los Lidios, porque no habian podido penetrar por ninguna parte en el flanco de los Persas. La derecha ó la parte de ella mas próxima á la gamma habia encontrado un baluarte de muchas filas de carros armados que reciprocamente se sostenian y apoyaban el atrincheramiento, de cuya parte superior así como de las torres movibles se hacía llover un torbellino de flechas, piedras y dardos. Estos carros llevaban Persas escogidos, armados de piés á cabeza, y los caballos estaban tambien armados á prueba de dardo; de modo que la caballería lidia, léjos de poder forzarlos, no podia ni aun acercárseles sin peligro. El lado del cuadrado á lo largo del atrincheramiento no era ménos impenetrable; los carros del bagaje que lo componian eran cortos y anchos, tirados por cuatro bueyes de frente y apoyados uno con otro, de modo que era inútil todo esfuerzo para derribarlos ó menearlos. Los soldados que formaban su guarnicion, tenian una gran ventaja sobre aquellos por quienes eran atacados.

Cuando la izquierda ó la extremidad inferior de la caballería lidia se encontró cercada, tomados sus flancos y espalda, y cargada vigorosamente por las tropas escogidas, viendo que ya no podia resistir, las primeras filas derrotadas cayeron sobre las siguientes, queriendo cada una evitar un peligro tanto mayor cuanto ménos se habia esperado; de aquí resultó que el desórden y la confusion llegaron á ser universales, y que el terror, difundiendo de fila en fila, hiciere que todo el ejército se entregase á la fuga, perseguido siempre por la caballería de Ciro, que no le daba tiempo para reorganizarse y que estaba sostenida por la infantería, la cual conservaba, marchando, el mejor orden. Habiendo llegado Ciro detras de los fugitivos á la posicion del cuerpo del ejército de Creso, hizo súbitamente una conversion á la izquierda, y tomó la restante caballería de esta ala de flanco, mientras que su ala derecha la atacaba de frente: con esto acabó de poner en desórden aquel cuerpo ya debilitado por la derrota de la parte avanzada. Su defensa fué muy breve y con su fuga abandonó á la infantería que sostenia.

No era ménos favorable á los Persas la fortuna en el ala izquierda; los enemigos perdieron en ella ménos gente que en la derecha; pero la derrota fué mas pronta y general. El cuerpo de los camellos tomó la figura de una gamma

y se extendió á la izquierda; apénas los caballos percibieron el olor de estos animales, no fué posible contenerlos, y arrojándose los unos sobre los otros, arrastraban por la llanura á los jinetes y los alejaban del combate; mientras tanto una parte de los camellos y de la caballería persa se colocó á sus espaldas para impedir que volviesen á ordenarse, al paso que otra recorriendo la línea del atrincheramiento, produjo el mismo desórden en cuantos habian avanzado de aquel cuerpo; los carros replegados sobre el flanco del ala izquierda de los Persas marcharon pronto contra el ala derecha de los enemigos, la cual sorprendida de este modo por el flanco, atacada de frente y desordenada por el aspecto y el olor de los camellos, fué obligada despues de una breve resistencia á apelar á la fuga. Desordenadas de tal manera las dos alas del ejército de Creso y arrojadas fuera de la línea, se vió la infantería sin defensa y temió ser cercada por la caballería que estaba á sus flancos y espalda, mientras se veía atacada vivamente de frente por las falanges: aban donó, pues, la esperanza de resistir á los Persas y no pensó mas que en salvarse huyendo.

Los Egipcios que estaban colocados en el centro, combatieron con mayor valor y mejor fortuna, habiendo resistido al choque de los carros: Abradátas, rey de Susiana, que mandaba en aquella parte, se obstinó en cargar á estos formidables batallones egipcios y fué muerto con los mas bravos de sus soldados, y léjos de ser arrollado este fuerte cuerpo de infantería por la derrota de las falanges de sus flancos, no solo sostuvo muchas cargas de los infantes persas, sino que consiguió rechazarlos hasta las máquinas, donde se procuraron un asilo.

Puesta en fuga la caballería é infantería egipcia, Ciro no se ocupó en perseguir á los fugitivos, sino que embistió directamente al centro, y como vió el desórden de su infantería, conoció que debía atacar á los Egipcios por la cola á fin de dar tiempo á sus tropas para volverse á poner en orden. Tomó, pues, toda la caballería persa que pudo encontrar mas próxima y cayó sobre las espaldas de sus batallones; pero estos al momento se volvieron de frente y se sostuvieron vigorosamente por todos lados, si bien ya fueron forzadas sus primeras filas. Herido el caballo de Ciro lo derribó, y vuelto furioso por el dolor, le hubiera destrozado si este hubiese sido ménos querido de sus soldados, los cuales se precipitaron por medio de aquella selva de lanzas para librarle de aquel peligro, y manifestaron, dice Jenofonte, cuánto conviene á un príncipe hacerse amar de sus propios súbditos. Cuando Ciro estuvo nuevamente á caballo, vió que Crisántas é Histáspes, que habian acudido á su socorro al frente de la caballería persa, cercaban á los Egipcios por todas partes, y que estos agrupándose al rededor, cubriéndose con sus escudos y presentando por todas partes sus largas picas, se preparaban á vender caras

sus vidas. Entónces comprendió que no convenia reducir á la desesperacion á esta brava infantería, cuyo valor y denuedo habia experimentado él mismo poco ántes; prohibió, pues, á sus tropas que la atacasen cuerpo á cuerpo, mandando que únicamente la cansasen, molestandola con continuadas descargas de piedras y dardos.

Entretanto subió á una de las torres, de donde descubriendo parte de la llanura, observó que los Egipcios eran los únicos que todavia oponian alguna resistencia y que las demas tropas habian abandonado el campo. Tan valiente capitán, que apreciaba el valor hasta en sus mismos enemigos, no pudo ver sin dolor que pereciesen tantos hombres valerosos, y resolvió emplear todos los medios posibles para salvarlos. Al efecto dió orden á las tropas que los cercaban para que se retirasen, les envió un heraldo, proponiéndoles que no siguiesen ya el partido de los que tan villanamente los habian abandonado, que se alistasen entre los suyos con un sueldo mayor que el que entónces cobraban, y ofreciendo considerables establecimientos á los que quisieran continuar con él, concluida la guerra. Los Egipcios aceptaron tan ventajosas condiciones; pero para manifestar que su fidelidad no cedía á su valor, estipularon que debian quedar exentos de dirigir sus armas contra Creso, antiguo aliado de su nacion, que los habia llamado en su auxilio.

No trataré de examinar minuciosamente las ventajas é inconvenientes de los dos órdenes de batalla de Ciro y Creso, empresa para un hombre que á la práctica de la guerra reuna algunos conocimientos sobre los principios del arte militar; pero no puedo dispensarme de observar dos cosas sobre este objeto: una es que la trinchera movable de carros de la cual habia formado Ciro su retaguardia, se empleó con buen éxito por otros valientes capitanes. Cuando Alejandro Farnesio, duque de Parma, pasó á Francia durante la Liga, atravesó las llanuras de la Picardía, marchando en columna en medio de dos filas de carros que cubrian sus tropas, y Enrique IV á pesar de sus grandes deseos de empeñarlo en una batalla, jamas se atrevió á obligarlo, porque no podia conseguirlo sin atacar esta trinchera, lo que le habria expuesto á una pérdida irreparable. El duque de Lorena se valió tambien de la misma estrategia y con igual resultado, cuando despues de haber tratado inútilmente de socorrer á Brissac, sitiada por el duque de Weimar, se vió obligado á retirarse casi sin caballería á vista de este hábil general, cuyo ejército era fortísimo. El valiente duque marchó en columna, cubriendo sus dos alas con los carros del convoy que habia intentado introducir en Brissac, y este atrincheramiento inutilizó todos los esfuerzos hechos por el duque de Weimar para derrotarlo. Los Cosacos que no tienen caballería, han experimentado muchas veces igual fortuna, haciendo uso de estos atrincheramientos movi-

bles, y especialmente cuando se vieron obligados á marchar en retirada por las llanuras de Ucrania al frente de la caballería tártara.

La segunda cosa que me parece aun mas digna de atencion, es que Ciro fué deudor de su victoria casi exclusivamente á los cuatro mil hombres colocados detras del atrincheramiento, pues fueron los que envolvieron y sorprendieron por el flanco las dos porciones de las alas del ejército lidio, con las que Creso esperaba adquirir ventajas sobre el enemigo. César se aprovechó de esta misma disposicion en Farsalia y á ella debió la victoria que consiguió sobre Pompeyo, cuyo ejército era mucho mas fuerte, especialmente en caballería. Tal conformidad constituye el mayor elogio que podemos tributar á Ciro.

§ 7. ÓRDEN DE LOS EJÉRCITOS GRIEGOS.

Estas guerras mejoraron el arte militar entre los Griegos; pero su perfeccionamiento es necesario buscarlo en los tiempos de Filipo y Alejandro, y principalmente en el ejército macedonio (1).

Casi todos los Estados de Grecia reclutaban sus soldados del mismo modo: siendo obligados al servicio todos los ciudadanos en casos de peligro, se elegian en los demas los mas jóvenes y mejor dispuestos.

En Esparta todos eran soldados desde los veinte á los sesenta años, para lo cual estaba dividida la ciudad en seis tribus, cada una de las cuales llevaba un registro de los suyos. En cada caso los magistrados indicaban los que debian ir al campo, llamándolos sucesivamente á medida que se necesitaban; por esto Cleombroto llevó á Leuctra los de veinte á treinta y cinco años, y cuando fueron derrotados, puso en movimiento los de treinta y cinco á cuarenta. En grandes apuros armaron hasta á los llotas, y muchos de estos asistieron á la batalla de Mantinea. El servicio de las armadas se hacía las mas veces por esclavos. En Atenas servian desde los diez y ocho á los sesenta años; pero los viejos se economizaban cuanto era posible; á los mas jóvenes se les asignaban los puestos ménos peligrosos. A veces se sacaban á la suerte los combatientes; otras los designaban los magistrados.

Las varias órdenes de soldados eran los *hoplites*, armados pesadamente, que se tenian en gran estimacion; *psilites* ó infantes ligeros; *peltastes*, infantería média entre las dos prece-

(1) Sobre el arte militar de los Griegos en general, véanse á NAST, *Kriegs Alterthümer*, Stuttgart, 1780; POTTERS, *Archéologie*, vol. III; E. F. POPPE, *De statu Græciæ civili et militari tempore belli peloponnesiaci*; G. WEBER, *De Gyrtis et Lacedæmoniorum rebus navalibus*, Heidelberg, 1834; GARNIER, *Sur les lois militaires des Grecs* (Mém. de l'Acad. des Inscriptions, XLV, p. 241); WACHSMUTH, *Hist. an. I, 2, p. 28*; II, 1, p. 375; SCHEFFER, *De militia navali*; G. C. S. KÖPEK, *Über das Kriegswesen der Griechen in heroischen Zeitalter, nebst Anhang von den taktischen Erfindungen nach Homer*, Berlin, 1807; HEEREN, *De la politique y del comercio*, v. c., tomo. VII.